

6.

EDUCACIÓN, INTERONOMÍA E INCLUSIÓN

Education, interonomics and inclusion

Julio César Arboleda⁴⁶

direccion@redipe

Resumen

Las ideas centrales que se esbozan en esta exposición son las siguientes:

-Hay una relación de interconexión e interdependencia entre educación, inclusión e interonomía, en virtud de la cual se sustenta el plexo humano y de la vida.

- La inclusión está en el “*ser*” de la educación: toda educación es inclusiva, su sentido primigenio es la inclusión, recibir al “*otro*”; todos los procesos educativos han de ser incluyentes. (Arboleda, 2019: <https://revista.redipe.org/index.php/1/article/view/721>)

-Sin educación, inclusión e interonomía no evoluciona la humanidad, no se endereza, no se temple el complejo humano. Hemos de avanzar hacia una educación para la interonomía.

Palabras clave: inclusión, interonomía, interproximidad

⁴⁶ Julio César Arboleda, Director Red Iberoamericana de Pedagogía, direccion@redipe.org <https://orcid.org/0000-0002-1572-5384> Miembro Grupos de Investigación: “Educación y desarrollo humano” USB; “Pedagogía, formación y conciencia” (PFC); Univ. Autónoma de Madrid; Epistemología, pedagogía y filosofía, REDIPE. Iniciador de la Perspectiva Comprensivo edificadora de la educación, la pedagogía, la didáctica y el discurso, desde 1995.

Introducción

Sin educación no se teje humanidad, no se sostiene el entramado vital. Perspectivas como la “*Comprensión edificante*” reconocen que la educación no será equilibrante si sigue desconectada de su propio “ser”, de su sentido primigenio por el cual se ha de educar, desde *el otro*, para la vida interconectada de humanidad y naturaleza, y que para ello es necesario promover comprensiones que evolucionen en modo *Para Ser* y no *Para Sí*.

Estrechar nexos con lo no humano, con la naturaleza y todo aquello a lo que nos debemos, por quienes somos, es un modo de afirmarnos como hilos del tejido humano, seres constitutivamente relacionales, agradeciendo de este modo el sustento que ofrecen a la vida pluriversa, al mundo de mundos que conformamos. Para decirlo con Buber⁴⁷, la verdadera relación social -- socio-natural, diríamos nosotros -- es ética: único modo de forjar humanidad.

La relacionalidad ética significa que el (hilo) “Yo” se dá, sin condiciones, al *otro* (hilo); que vaciamos, disolvemos nuestra subjetividad cargada de ego en el recibo y albergue del otro, y que en ese evento “presencial” dejamos de ser Yo para Ser el Otro, ser apertura (Levinas⁴⁸), singulares responsables del otro, ser el próximo humano y no humano a quienes nos debemos y hemos de darnos. Siendo así, las relaciones habrán de ser interproximales y no sólo intersubjetivas, no sólo entre sujetos.

Considerando que el plexo humano no es originariamente armónico y homogéneo, la educación habrá de promover la formación de singularidades pluriversas, incluyentes, abiertas al otro y al mundo.

Se educa incluyendo

⁴⁷ Buber, Martin (1978). *Yo y Tú*. Nueva Visión, S.A.I.C., Buenos Aires.

⁴⁸ “*El Yo humano no es una unicidad cerrada sobre sí (...), sino una apertura (al otro), la de la responsabilidad (por el otro), que constituye el verdadero comienzo de lo humano y de la espiritualidad*”. En: “Conversación con Roger Pol Droit”, recogida en Levinas (2006, pag. 197): Arboleda: <https://revista.redipe.org/index.php/1/article/view/2270>

Entendemos la inclusión como el fenómeno por el cual alguien o un colectivo se da al otro, se entrega, se dá al prójimo, al ser singular de rasgos peculiares, quien precisa ser reconocido y acogido en las relaciones que marcan la evolución social y planetaria. La inclusión está en la raíz de la educación. Toda educación es inclusiva; la inclusión ha de ser parte de todos sus procesos.

Siendo así, la inclusión, en todas sus formas, hace parte de los principios que basamentan los actos de enseñar, aprender, formar y educar, entre otros que desarrolle la institución escolar. Quien ejerce la función de enseñar ha de contar con el “don” de la inclusión. Por ejemplo, no es afortunada una intervención en la formación de aprendizajes sólidos, si el enseñante no incluye al estudiante como ser situado, carnal, no reconoce y despliega su acción a partir de los preconceptos, ritmos y modos en que éste aprende. El estudiante se siente incluido si es reconocido y recibido en su singularidad: en su condición psico-física, su circunstancia, su contexto social, cultural, entre otros.

La función de educar se realiza incluyendo. Quien incluye es alguien conciente, que de ese modo manifiesta Ser, presencialidad para obrar vida. Al margen de la “conciencia de vida”, del sentido incluyente y edificante de nuestras acciones, no hay educación genuina. Un proceso escolar que no se ejerza con conciencia, es decir con grandeza existencial, pierde significado educativo. El sentido y significado de la educación se realizan cuando sus procesos se encaminan a formar seres con mayoría de edad comunal: tejedores de vida integrada, hospitalarios, acogientes, solidarios, cuidadores del mundo humano y de la naturaleza.

Incluir, educar vinculando lo distinto, acompañando al otro necesitado, es imperativo de vida comunitaria, una condición *Sine qua non* para coser tanto el lazo humano como el plexo vital de humanidad y naturaleza. Al desarrollar ejercicios de esta índole se logra corporizar el sentido originario de la educación, se realiza el significado educativo por el cual se educa para la vida.

La educación y también la pedagogía tienen lugar en la asimetría y la separación, son radicalmente vinculantes, interproximales. Asumirlas requiere partir de su reconocimiento como acción y acto incluyentes, que nacen de la fisura y la diferencia, y cuyo “ser” es responder del otro, del excluido, del vulnerable, promoviendo conciencia, potenciales vinculantes, que iluminen la existencia compartida: razón corazonante, autonomía incluyente, pensamiento, inteligencia, sentimiento, voluntad y demás equipajes asumidos de modo conciente, es decir presencial, en modo Para Ser, por y para el sostenimiento del entretejido socio-natural, como obra de vida. Sin la educación los seres humanos no logran gestar humanidad, y sin esta última no se balancea el complexus de la vida.

Como se sabe, el mundo humano no es homogéneo, es un tejido de singularidades que para sostenerse precisa que cada hilo, a pesar de su unicidad, acoja al otro distinto, so pena de romperse. Tal sentido de humanidad es cuanto equilibra la vida como entramado pluriversal, interdependiente de universos, naturalezas y mundos, incluido el orbe animal que conformamos. Asumir la fragilidad del ser humano y del mundo precisa de sujetos que pongan sus fortalezas en modo Para Ser, a favor del otro y lo otro del mundo de mundos de la vida, y no en el modo Para Sí, pa-ra-sí-mis-mo, generador de las violencias, injusticias y desigualdades que azotan la existencia y ahondan la vulnerabilidad.

La educación es condición insoslayable para ser digno habitante del orbe humano y de la vida, sobre todo si se asume adecuadamente su función originaria: si el conocimiento, el pensamiento, los valores y la voluntad, entre otras fortificaciones que aquella ha de promover, se esculpen y real-izan a la luz de la conciencia de vida, haciendo de la existencia un modo, una forma de “ser” y “estar”, labrando la vida.

Difícilmente ello se aprende en la escuela, pues ésta generalmente prioriza los actos de enseñar y aprender. Es característico de la escuela enseñar más no educar. Los profesores suelen intervenir en apropiaciones sin favorecer conciencia: la responsabilidad ética de ser ejemplo de interproximidad, de ser presenciales, de darse al próximo a quien debe su existencia; sólo

algunos lo hacen, en particular aquellos a quienes les brota de las entrañas vivir el ritual cotidiano de albergar al otro.

Se hace genuina educación generando conciencia, espacios Para Ser, para “*estar siendo*” en el mundo, para solear la existencia aquí y ahora con nuestras acciones, templando de ese modo la urdimbre de la vida. A contrapelo de la conciencia se desgarran la humanidad, se erosiona la vida toda. La conciencia nos libera de toda forma de egocentrismo, y nos dispone al recibimiento incondicional del *otro*, modo por excelencia de “ser la vida misma”. De ahí la relevancia de educar en la interonomía, de una educación interónoma.

Educar en la interonomía

A tono con lo expresado, la educación alcanza su significado fundacional si sus procesos contribuyen al desarrollo “interónomo” del educando; si levantan en éste una musculatura merced a la cual la racionalidad no esté por encima de la afectividad y la ética, sino en la que unas y otras participen al tenor de la conciencia de vida. Tal riqueza estaría representada en lo que denominamos la “*interonomía*” : el grado de conciencia necesario para asumir nuestra circunstancia con el ímpetu proximal que suprime los egos y permite estrechar vínculos, ser singulares comunales, incluyentes.

De cara a la formación de interonomía la educación habrá de promover, por una parte, las comprensiones asociadas a la autonomía y gobernanza de Sí. Lo que denominamos *autonomía* se refiere aquí a un potencial o entramado de conocimientos, operaciones mentales, representaciones, estrategias, voluntades y actitudes para no sucumbir a la normativa de otros humanos, para no caer en la actitud heterónoma por la cual alguien es gobernado, sometido al arbitrio de voluntades ajenas, a “mismidades” que lo pretendan agregar o totalizar, impidiéndole pensar por sí mismo, emanciparse, auto-dirigirse, actuar con mentalidad propia, de manera soberana.

La interonomía precisa despojarse de todo aquello que erosione al mundo humano y la vida, vaciarse de toda forma de ensimismamiento. Supone romper

con la tiranía del Yo, del Mismo, de la Mismidad, con toda tentación a aislarse, e impone a la gobernanza de sí la condición de Ser, de favorecer los intereses comunes, de consagrarse al ser-vicio de la vida integrada, es decir, salir de la heteronomía política y cultural que subyuga, entregándose ahora a aquella heteronomía de orden ético, edificante que nos somete a las máximas que iluminan la existencia cuando cuidamos de la vida tejiendo tanto el cordón humano como el lazo de humanidad y naturaleza. La “heteronomía ética” nos obliga a ser incluyentes, recibidores, exige darnos, respetarnos, preservarnos, albergar al otro y lo otro existencial.

Si bien es cierto la *gobernanza de sí*, por *sí mismo*, es indispensable para inclinar los pilares que soportan la vida humana y la naturaleza, tal poder propio, tal autonomía, no siempre desenvuelve en “gobernanza incluyente”, en “gobierno Para Ser”. Es decir, que a pesar de que alguien posea cierto grado de autonomía, de capacidad crítica y emancipatoria, no siempre logra convertir estas facultades en “poderío edificante”, en fuerza al servicio del bien común, planetario, pluriversal. Es más, éste podría disponerlas por el contrario en función de sí mismo, como poder autónomo Para Sí, alimentado por sus absolutos, ideales, creencias y paradigmas; pues generalmente el autónomo es representado como el “Yo” soberano que observa el mundo desde una atalaya y dicta sentencia sobre las cosas y sobre los demás”⁴⁹.

En este punto la formación de autonomía impone desarrollar fortalezas para asumir, según lo hemos expresado en diversas ocasiones, “la gobernanza de Sí en modo Para Ser”, como soberanía presencial, conciente, sujeta a las máximas de la vida entrelazada. Tal dotación no la ofrece una educación desarraigada como la nuestra, sometida al régimen de competencias y su imperativo de “saber hacer” que precisa la dinámica del mundo de hoy regido por leyes que sirven al Para Sí, sino una educación conciente, que promueva competencias, comprensiones, saberes y dotaciones indispensables Para Ser: potenciales concientes en virtud de los cuales lo primordial no fuese el “saber-haciendo”, sino

⁴⁹ Arboleda, J.C. 2024. En: Presentación del libro La huella del otro. Ortega, P., Editorial Redipe.

el “saber-siendo”, “saber obrar vida”, y donde lo sustantivo no sea saber sino ser, obrar vida con lo que se logre adquirir.

La educación conciente no se sustenta en el saber o el saber- hacer, sino en el Ser, en la presencialidad proximal en virtud de la cual tejemos vida común con nuestras adquisiciones en materia de conocimiento, sentimiento, voluntad, emociones, saber-haceres y actitudes, canalizándolas como equipajes que nos orientan en la existencia. En esta educación, más que “hacer” se “obra” con lo que se sabe, siente y piensa.

La formación de autonomía es un modo de enfrentar, en el seno de la escuela, el régimen de privilegios, es una manera de ir más allá del “saber-hacer” como normativa de desarrollo, sobre todo económico, más no de evolución con la vida. Es otro modo de asumir con consciencia crítica el “saber hacer”, de revelarse al Para Sí. Sin embargo, la educación para la vida precisa educar y formar en potenciales para una “crítica y autonomía concientes”, presenciales, que deriven en gobernanza puesta al servicio no sólo de sí sino del “otro”, no sólo para resistir y emanciparse sino para re-existir, para “Ser el Otro en el mundo”: una gobernanza de sí que “obre” vida.

En línea con lo expresado, la educación conciente impone educar, o “enseñar-educando en la interonomía”, que es un modo de propiciar el desarrollo de conciencia plena, de ambientar los aprendizajes, saberes, comprensiones y aplicaciones en función ética, de cara a la vida compartida, ahí donde nos liberamos lo mejor posible de las mismidades que nos gobiernan (el ego interior y exterior: los dos pilares del para Sí) y nos sometemos a las dinámicas de la vida comunal.

A modo de conclusión

Al educar en la interonomía la escuela realiza su “ser”, su sentido, su función humanizante. La interonomía es el potencial que realmente nos define como verdaderos seres humanos, singulares incluyentes. Sin tal virtud el tejido de la vida se rompe inexorablemente.

Para ser incluyente la educación habrá de ser interónoma, promoverá conciencia de vida, esa fuerza interior que extiende luces sobre las sombras del ensimismamiento, desvaneciendo éste en la proximidad. Alumbrará, y acompañará en lo posible los caminos por los cuales los educandos logren desarrollar equipajes que les permitan resistir los agobios del Para Sí, y re-existir en tanto se abandonan al sembrado de la vida común donde florece el Ser.

Respiramos la vida cada vez que suspendemos el cálculo, la neurosis consumista y competencial, regalándonos espacios de conciencia para meditar, contemplar y vivir fraternalmente los rituales del acogimiento y el abrazo, la amistad y el amor, la navidad y el año nuevo.

Referencias bibliográficas

Arboleda, J.C. (2025). *El ser de las ciencias sociales*. Revista Redipe, 14/7: <https://revista.redipe.org/index.php/1/article/view/2270>

_____ (2024). *Presentación: Proximidad, Dignidad Humana y Competencia*. Revista Redipe, 13/7: <https://revista.redipe.org/index.php/1/article/view/2142>

Buber, Martin (1978). *Yo y Tú*. Nueva Visión, S.A.I.C., Buenos Aires.

Levinas, E. (2006). *Los imprevistos de la historia*. Ediciones Sígueme. Salamanca. España.